

Editorial

Para una contribución crítica del concepto de identidad: lecturas cruzadas, visiones opacas

Gustavo Chataignier*

*Porque lejos de las cercas / alambradas que separan las quintas / en la cima calma / de mi ojo que
ve / se acerca la sombra sonora / De un disco volador
Raúl Seixas, Oro de los tontos*

La filosofía de la diferencia y las diversas tendencias del pensamiento crítico habrían, finalmente, puesto término al principio de identidad. Apenas permanecería en pie, cual camello, para hacernos valer de la imagen nietzscheana, frente al fardo de la metafísica. Livianos, sin tener que hablar en nombre de alguna fuerza mayor o de instancias trascendentes, podríamos, por fin, bailar.

¿Qué introduce la identidad en el debate filosófico de nuestros días? ¿Apenas “desvíos” teóricos o un complejo enmarañado “práctico-simbólico”, a falta de un nombre mejor, que activa pasiones de identidad, de lo Mismo?

Es comúnmente aceptado que no se filosofa de la misma manera desde que se adopta la “sospecha” como método —no en el sentido tautológico cartesiano, más bien, antes, como régimen productivo de signos. El “acontecimiento”, en términos de pensamiento, reorganiza la tradición y reorienta el desarrollo del presente. En este sentido, se develan impensados, se levantan puntos ciegos constitutivos —no la comprensión de un autor por parte de otro, sino sus efectos generadores de otras formas de pensamiento. Que se pese el Kant de Nietzsche y la cuestión de la imposibilidad del desinterés; el Hegel de Deleuze y la imposibilidad como modalidad

* Departamento de Comunicación Social de PUC-Rio, investigador asociado del Departamento de filosofía de la Universidad de Paris 8.

de lo idéntico, opuesta al devenir; o, incluso, las diferentes apropiaciones de la obra de Marx, sea privilegiando su formación, sea privilegiando el “corte epistemológico”.

Cierta astucia de los tiempos, con todo, parece, si no desmentir, al menos complejizar la cuestión. Ahora, ¿habría algún impensado en el seno mismo de la llamada filosofía de la diferencia? O, quizás de manera más profunda, ¿se puede afirmar que algo cuya naturaleza es procesual –el pensamiento– se establezca en un fin? Incluimos en esta lista de “no pureza” a la metafísica y, también, a la exploración y el ejercicio de poderes. ¿La relación del par sujeto-objeto, por excelencia la instancia operadora de la dominación a partir del cogito, es susceptible de ser eliminada? ¿O su refuncionalización es alterada e intercalada por rupturas, de forma más o menos intermitente, en vistas de la rareza definidora del acontecimiento?

Dicho de otra manera, ¿luchas reales, cruzamientos agonísticos de fuerzas, no serían tan o más determinantes que las normatividades categorialmente organizadas? Si es pertinente postular un primado del acontecimiento sobre sus series temporales y estructuras, nos es forzoso admitir que la filosofía se establece como una relación con su exterior. Tanto con elementos pre-conceptuales y no filosóficos, en el sentido de no conceptuales, cuanto con una incontornable contingencia (aun cuando la contingencia sea “la contingencia de una situación” o, incluso, que la generalidad de una “necesidad del devenir” deba ser especificada por un “devenir de la necesidad”).

Sea quizás más claro si precisamos una vez más la indagación: ¿cuál es la relación entre el pensamiento y el devenir? ¿De qué lado de la ecuación el principio identitario se hace más preponderante? ¿Puede el pensamiento (figura de la identidad) hacer justicia a su objeto (lo no idéntico, aquello que cambia)? Más que negar formas abiertas de estabilidad (en cierto sentido una “identidad”), el desafío consiste en sondear cómo la identidad difiere de sí desde siempre —no se “comienza” a diferenciarse, en una etapa posterior a la adquisición de la unidad. La capacidad de “pensar contra sí”, como ya se ventiló otrora, puede ser reactivada.

La redacción de este texto, si bien en principio una proposición de tema para

colaboradores, fue embestida por la historia. Un poco como en el film *Nuestra Música* (2004), donde Godard compara fotos de israelitas y palestinos e, interpretándose a sí mismo, muestra que un segundo plano (o contra-campo) es hegemonizado por el primero, perdiendo por tanto visibilidad. Un síntoma hace irrupción. 13 de noviembre de 2015 fue la fecha en que cientos de personas fueron brutalmente asesinadas por terroristas reclamándose del Islam, en París. El uso del gerundio no es decorativo — se evita el fuerte vínculo del verbo ser, la identidad entre terrorismo y cierta “esencia” islámica. Lo que tal vez provoca al pensamiento es el choque de la proximidad, como ha postulado Jean-Luc Nancy en reciente tribuna en la prensa francesa —no sólo Beirut, Gaza, Bagdad o Jartum. O una favela.

Otras capas sobredeterminan el debate, en general en nuestros países periféricos y particularmente en Brasil. “¿Cómo solidarizar con las víctimas si atrocidades aún mayores y ciertamente más frecuentes asolan poblaciones en África y en Oriente Medio?” llegó a escribirse en las redes sociales. En el caso brasileño, una empresa minera, privatizada en la oleada de los años 1990, es directamente responsable del mayor desastre ecológico jamás ocurrido en el país. Represas con minerales tóxicos se rompieron en el estado de Minas Gerais, generando un verdadero tsunami de barro y residuos químicos. Poblaciones desprotegidas, ciudades sin agua, fauna y flora comprometidas son las consecuencias no casuales de la falta de fiscalización por parte de las autoridades. Río Doce, símbolo de la biodiversidad, quizás jamás se recupere.

No nos cabe, aquí, discutir directamente la confluencia de causas que llevaron a la masacre de civiles y al desastre ambiental. Pero, en el espíritu de reflexión propuesto por este número, se perciben una serie de argumentos identitarios en la esfera mediática a propósito de los acontecimientos ocurridos. Los brasileños no podrían hablar de París a propósito de su situación evidentemente calamitosa, en el frente ecológico y social: visto desde afuera, se evoca una “indignación selectiva”: se opta por tomar los dolores de Francia, al tiempo que las masacres y los mismos fenómenos de violencia urbana locales jamás reciben tamaña atención. Claro está que los movimientos de masa, o rebaño, para retomar la frase de Nietzsche, en nada

ayudan a la reflexión y son dignos de crítica. ¿Me compadezco tan sólo de mi “igual” o compañero de destino? ¿Por qué una causa, necesariamente, excluye a otra? ¿Existe una conexión plausible entre elementos aparentemente tan disparatados?

Se une al asalto emprendido por las "buenas costumbres" la onda neo-liberal que asola a diversos países de América Latina. En Brasil, tras el golpe blanco sustentado por dudosos tecnicismos jurídicos y por los "*usual suspects*" de siempre (es decir, los viejos poseedores del poder, las mismísimas oligarquías políticas), apoyados por los medios y por el empresariado, llevan adelante una supresión de protecciones básicas de la legislación laboral. Se llegó a una jornada de trabajo de 12 horas; las leyes de la jubilación bordean el absurdo; el horario de almuerzo de los trabajadores también se ha puesto en cuestión; las mujeres embarazadas están "autorizadas" para trabajar en ambientes insalubres. Sin hablar de la absoluta escasez de recursos para la educación. Todo en nombre del "progreso" y de algún patrón jamás verificable en términos empíricos. Aquí la identidad es dictada por el "equivalente universal".

Y es frente a esto que no se puede decir que no se debe, más que nunca, hablar. Hablar para nada lograr. “Queda lo que no ha dicho en lugar de lo que fue dicho”, explica el poeta maranhense. La concreción de la frase es una diferencia en relación a la cosa; su muerte gana la vida del concepto. Por eso volteamos la carga, para hablar. Una vez lo dicho, el lenguaje pega a la cosa – le es, por tanto, constituyente. Habría un denominador común a las anomías arriba mencionadas. Un terrorismo más amplio, tanto más fuerte cuanto más naturalizado –“es así”– se vuelve invisible — ideologizado: el terrorismo del mercado. Tenemos aquí una primera pista para la comprensión de las críticas a la identidad. El discurso extremista religioso, en Europa o en cualquier otra parte, hoy o ayer, siempre es síntoma de relaciones político-sociales. Exclusiones e injusticias perpetradas en el pasado colonial fueron respondidas no en la lengua de la politización, sino en la captura del discurso político por el fundamentalismo moral-identitario. Sin contar el hecho de que los miembros de grupúsculos se beneficiaran de los sistemas de explotación vigentes, tanto en la venta de petróleo controlada por las elites como en la dominación de las mujeres.

Volviendo al eje de la crítica a las identidades, el tema nos parece merecer toda nuestra atención en la medida en que el concepto apunta a toda una serie de prácticas intersubjetivas. Su comprensión es iluminada cuando se hace uso de las categorías de identidad y diferencia.

De partidos de fútbol y peleas en los estadios deportivos hasta el asesinato a sangre fría de mendigos o, todavía más, la inédita defensa del régimen militar. La playa, más allá de componer el estereotipo local, se constituye como espacio público y de encuentro de diferencias en ciudades como Río de Janeiro. Luego de ciertos episodios de robo en la arena, los “robos colectivos” [*arrestôes*], jóvenes de la periferia fueron interpelados en muchas ocasiones en el transporte público, sin haber hecho nada. La calavera de la de la moda muestra su rostro. El rol de las etiquetas desfila para el placer de las proyecciones del imaginario, dejando todo en el lugar —hasta la próxima colección. El mundo disponible en un clic, sin distancias o limitaciones. *La Máquina del mundo* se desvela en cascadas de ventanas: "Los más soberbios puentes y edificios, / lo que en las oficinas se elabora, / lo que pensado fue y / luego alcanza / distancia superior al pensamiento, / los recursos de la tierra dominados / y las pasiones y los impulsos y los tormentos".

Incluso una vida "cruda", sin agrotóxicos, paradójicamente apunta a una búsqueda de orígenes, de pureza. Una de las artimañas de la forma mercantil consiste en acreditar sus características a su valor de uso, apagando las relaciones sociales y el trabajo que las engendrarán. La relación entre las cosas "refleja" la relación entre los hombres; las relaciones entre éstos, a su vez, pierde el carácter de reflejo para que se erija el mundo intersubjetivo. A título ilustrativo, nos viene a la memoria una canción del grupo punk Dead Kennedys, *California über alles*, cuya letra revela un poco el espíritu de nuestro tiempo de control e inmediatez: "“Zen fascists will control you/ A hundred per cent natural/ you will jog for the master race / and allways wear the

happy face”¹. Sugerimos un título más actual, "Miami über alles".

Se está siempre en posesión de la buena medida, exacta, para que lo cierto se separe de lo malo. Y esto de manera inmediata, sin la menor sombra de duda. Con el perdón de tono jocoso, tal radicalización del "Iluminismo" suspende el tiempo del pensamiento. Los procesos de desacralización de valores, catapultados en la modernidad, sea vía pragmatismo político, ética de acumulación, competencia y existencia para el consumo, y, finalmente, la biologización de la vida, intentan hacernos creer en un "mundo sin idea".

He aquí el término empleado por Alain Badiou. Loco, elitista, innecesario o mediático, el intelectual, a su vez, no dice a qué viene – a no ser que se sitúe del lado de la moral y de las redundancias del sentido común y sus espectacularizaciones. Separado o integrado, he aquí sus figuras hegemónicas. La filosofía, por su parte, está del lado de la pregunta, he aquí su ética, como describe Patrice Vermeren.

Buena parte del discurso político post-marxista se nutre de una dialéctica entre diferencia e identidad. Hablamos de justas reivindicaciones de minorías: el discurso feminista, homosexual, negro, indígena o relativo a etnias. La comprensión política debe superar la visión “aristocratizante” que descalifica las demandas sociales en nombre del “resentimiento” o de la llamada de ideales metafísicos, como humanidad, paz, razón. La pregunta filosófica consiste en averiguar qué consecuencias prácticas derivan de este debate/embate. ¿Qué acarrea la crítica a las injusticias? Debate, o mejor, interlocución forzada: hay, ante todo, una "desidentificación" con el orden establecido, dando la oportunidad a una disponibilidad subjetiva de compromiso; después, la verificación vía confrontación: ¿qué de nuestra realidad tiene que ver con tal norma o concepto? O, incluso, la referida norma, en el caso que se quiera universal, debe incluir nuestra parte; finalmente, se llega no a una identificación con una causa —lo que retiraría la distancia crítica. Se tienen tan sólo identificaciones

¹ Traducción libre: “Fascistas zen te controlarán / cien por ciento natural / correrás en nombre de la raza superior / y siempre con la cara feliz”.

imposibles, generadoras de nuevas posiciones subjetivas: se vuelve otro por medio de otro. El razonamiento de Jacques Rancière, sucintamente recordado, añade incluso que la igualdad debe ser supuesta. La igualdad, y no la comunicación; la condición, y no un deber ser. Igualdad no esencial, se trata del reparto y la modulación de lo sensible y su diferenciación en el tiempo.

Uno de los méritos de optar por lo sensible como articulador del sentido reside en el hecho de que el universalismo y la particularidad no se oponen, lo que ya se anticipa en el gesto subjetivo de la ruptura experimentada en las desidentificaciones. La respuesta de la ley del talión presupone un otro y crea ese otro contra el cual se actúa. El proceso de igualdad es la diferencia. Afirmar una "identidad diferente" no da cuenta del desafío: ¿qué conflictos implican la identidad? Comenzar por los sujetos por ella designados. Quien sabe así se rompa con círculos viciosos, autorreferentes. La diferencia no puede, por tanto, ser una propiedad, separarse en archipiélagos. No puede ser reivindicada en dialectos —debe, eso sí, ser idiomática. Con el cuidado de no reducir lo que fue dicho a una descripción empírica, se concluye que tribus y minorías son portadoras (y creadoras) de derechos.

La vida común en la polis está en juego. La identidad cosifica al otro, atribuyéndole la posición y el papel de total desconocido. Por otro lado, nuestra subjetividad, atormentada por las pertenencia y envuelta entera por ella, sólo puede verse amenazada ante lo desconocido —el inmigrante, que no roba empleo pero que realiza tareas que los europeos no están dispuestos a hacer; el homosexual, que espanta a los parlamentarios de bancadas religiosas y sus ideas de familia; el joven de la periferia en las arenas doradas.

Invirtamos el asunto con el auxilio de Gilles Deleuze: “La mayoría es nadie, la minoría es todo el mundo”. La mayoría no habla por sí, no atraviesa la minoría... El abecedario del referido pensador es también instructivo. Ser de izquierda, define, es pensarse menor, polvo y no cosmos —en un movimiento que pasa por continentes, países y puede llegar al destino de un mapa. Cuestión de percepción. De esta manera, el arte pueda quizás auxiliarnos a trazar esta distancia de cerca. No como el ícono

que remite a un exterior —lo que la publicidad llama “concepto”... Devorar, transfigurar y crear. Imágenes que hablan por sí, no remitiéndonos a un más allá de lo sensible, nos devuelven la opacidad necesaria para experimentar nuevos caminos.

Pero mientras tanto, es filmado, catalogado, escudriñado, disponible en nombre de algún bien superior. ¿En nombre de quién se da la seguridad?

Fieles al espíritu del CIPh, proponemos esta publicación como modesta ayuda a la construcción de un topos, conceptual y afectivo, para el debate filosófico entre colegas, conocidos o no. Una vez más, no es cuestión de expresar alguna esencia latino-americana. Antes, el objetivo es cavar un nuevo lugar para la filosofía, otra posición para la inserción, el comentario y quizás la creación. Dispositivo de dispositivo: es preciso estar dispuesto.